

Pasaron los días, acompañados por la dulce rutina de la oscuridad y los juegos. En su afán por derrotar a sus camaradas se volvió odioso, siempre quería ganar, y a su paso solo encontraba enemigos, que no reconocían en él al afable y melancólico soldadito que conocieron cuando le faltaba una pierna. Ese carácter hosco e individualista que había



devorado su ser le hizo olvidar sin más al amor de su vida, aquella bailarina de papel que se sostenía sobre una sola pierna. Ya no bailaba con ella hasta el alba cuando el resto de los soldaditos se retiraban a sus aposentos. Cada noche la pobre criatura lloraba lágrimas de papel que caían como copos de nieve en las puertas del castillo donde vivía. Echaba de menos al soldadito cojo que habría hecho cualquier cosa por ella. Ahora su antiguo amor solo pensaba en nutrir sus músculos, y por más duros que estos fueran (no en vano eran de plomo) no dejaba de hacer flexiones para mantenerlos voluminosos y brillantes, como el sudor que los bruñía.

Como pueden deducir, el final del cuento cambió, y la etérea bailarina de papel murió de pena y nostalgia. Lloró tanto que su cuerpo terminó consumido como papel mojado a las puertas de palacio.

El efecto del discutido decreto sobre el resto de los cuentos del imaginario infantil fue similar. Dumbo nunca pudo volar por mucha pluma mágica que esgrimiera, las dos enormes orejas que le hacían especial habían desaparecido. Al morir su madre, terminó arrinconado en las cuerdas de un circo de mala muerte, rodeado de paja y oliendo a pis. En cuanto a Pinocho, cuando sintió la sangre corriendo por sus venas se escapó de casa. No reconoció a Gepetto como padre, que terminó apagándose poco a poco en la oscuridad de su taller. La desdichada criatura acabó sola y amargada en los suburbios de la bella Florencia mendigando para poder hacerse con algún mendrugo de

pan.

Todos esos seres tan “completos” que surgieron de la nueva pluma que ahora los moldeaba olvidaron el espíritu de lucha y superación que siempre les había caracterizado. También se olvidaron de los otros, de sus semejantes, convirtiendo el mundo en el que habitaban en un lugar odioso e individualista, competitivo y pragmático, donde sobrevivía el más fuerte, y se desechaba cualquier imperfección, y, al fin y al cabo, cualquier sello de humanidad.

Afortunadamente las aguas volvieron a su cauce. Las autoridades se echaron atrás y derogaron la polémica norma destinada a lo que ellos llamaban “normalización”. El soldadito de plomo perdió una pierna, pero volvió a ganarse a su bailarina. Dumbo voló y voló como si el mundo no tuviera fin y retomó la rienda de su vida, y Pinocho pudo reconciliarse con Gepetto y luchar hasta llegar a ser un niño de carne y hueso. Lo mismo ocurrió con otros cuentos, el patito volvió a ser feo, como toda la vida, y ello no le impidió avanzar, no sin esfuerzo y sentirse integrado. El corazón de un mundo lleno de milagros cotidianos volvía a latir, consciente de su gozosa imperfección, convencido de su necesaria diversidad.”

*Autor: Jorge Fez. Bermejo Rodríguez. Premio en el I Concurso de relato breve María Fca. Díaz-Carralero, organizado por el Consejo municipal de personas con discapacidad, Manzanares.

Artículo publicado en La Tribuna de Ciudad Real
POR LORENZO TRUJILLO -SACERDOTE- 01/02/2021